

2 de enero de 2025
Feria de Navidad
“Advertencias sobre el Anticristo”

1Jn 2,22-28

¿Quién es el mentiroso, sino el que niega que Jesús es el Cristo? Ése es precisamente el Anticristo, el que niega al Padre y al Hijo. Todo el que niega al Hijo, no posee al Padre; pero todo el que confiesa al Hijo, posee también al Padre. En cuanto a vosotros, deseo que sigáis conservando lo que oísteis desde el principio. Si permanece en vosotros lo que oísteis desde el principio, también vosotros permaneceréis en el Hijo y en el Padre. Pues ésta es la promesa que él mismo os hizo: la vida eterna. Os he escrito esto porque algunos tratan de engañaros. Pero tened presente que la unción que de él habéis recibido sigue estando en vosotros y no necesitáis que nadie os enseñe. Pero como su unción os enseña todo lo que necesitáis saber -y es verdadera y no mentirosa-, seguid permaneciendo en él. Como os digo, hijos míos, permaneced en él para que, cuando se manifieste, nuestra confianza sea plena y no quedemos avergonzados y rechazados con su venida.

Lamentablemente no es una leyenda que al Final de los Tiempos, antes del Retorno de Cristo, se manifestará un Anticristo. Antes bien, esta advertencia es un firme componente de la doctrina cristiana y está sólidamente basada en la Sagrada Escritura. Cuando aparezca el último Anticristo –y la mayoría de los que se han dedicado a reflexionar sobre esta figura de perdición coinciden en que se tratará de una persona concreta–, él tratará de ejercer un poder global en diversas dimensiones. El Anticristo querrá usurpar el lugar de Dios y demandará para sí mismo una especie de veneración religiosa. Se manifiesta aquí el antiguo deseo del Diablo, que se expresó claramente cuando se acercó a Jesús en el desierto queriendo ser adorado y pretendiendo así destronar a Dios (cf. Mt 4,8-9).

Si nos preguntamos si acaso ya está en este mundo una figura como el Anticristo, y nos cuestionamos si nos tocará experimentar en vida el dominio temporal del “hijo de la perdición”, tendremos que concluir que aún no podemos saberlo, a menos que Dios nos diese una luz sobrenatural para reconocerlo. Tampoco podremos distinguir si se trata del “último Anticristo” o si es una figura anticristiana más, tal como las ha habido a lo largo de la historia de la humanidad.

Sin embargo, el hecho de que aún no podamos dar una respuesta certera a tales inquietudes no significa que debemos evadir el carácter delicado de una lectura como la de hoy, ni mucho menos desoír los insistentes consejos que nos ofrece el Apóstol. Porque así como la Segunda Venida del Señor estará precedida por signos que han de darnos a entender que el tiempo está cerca, así también habrá señales que indiquen que el advenimiento de una

figura maléfica –como lo será el Anticristo– está siendo preparado por sus discípulos.

Quizá no se perciba en un primer momento la malicia de esta figura. No pocos autores que han escrito sobre el Anticristo incluso lo describen con un carácter simpático y atrayente, que aparenta ser virtuoso, religioso y, sobre todo, fascinante. Quizá se presente en el tiempo de hoy como un globalista, trayendo aparentes soluciones a los problemas materiales de la humanidad, desarrollando amplias concepciones para mejorar la calidad de vida de las personas, y así sucesivamente. Hacia fuera, podría parecer el hombre indicado en el momento preciso, quien lleva adelante a la humanidad y reúne detrás de sí a las grandes instituciones de este mundo. Muchas naciones podrían considerarlo como un benefactor de la humanidad, aparentemente revestido de una especial autoridad, y, en consecuencia, darle el apoyo correspondiente.

¡Pero todo esto es un engaño! En su interior, el Anticristo no estará guiado por el Espíritu Santo, sino inspirado por demonios, quienes se servirán de sus cualidades humanas, dadas por Dios. Ahora bien, la finalidad de los demonios no es generar un benefactor de la humanidad, sino valerse de esa apariencia para alejar a las personas de Dios y poder influenciarlas.

El autor lituano Antanas Maceina hace una descripción muy esclarecedora en su libro “El misterio de la iniquidad”:

“El Anticristo (...) es un benefactor que se complace en sí mismo. Él quiere dar a cada uno lo que necesita. Él quiere hacer regir en el mundo la justicia y el compartir de bienes. En efecto, (...) logra el bienestar universal. Pero todo esto no lo hace porque consideraría a los hombres como hermanos suyos en el Señor (...); sino por el simple hecho de que, a través de su benevolencia, la humanidad seducida caerá de rodillas ante él, le dará las gracias, lo venerará y considerará como su único guía y protector. La satisfacción del amor propio es el motivo básico de la beneficencia anticristiana”.

El Anticristo que nos describe San Juan en la lectura de hoy debería ser claramente reconocible para todo fiel católico, que se daría cuenta si Cristo estuviese siendo abiertamente negado. Pero todo esto puede ocurrir mucho más sutilmente. No necesariamente tendrá que ser una negación pública; sino que podría suceder “entre líneas”, escondida, no pronunciada con claridad...

El consejo bíblico es claro: No debemos dejarnos engañar, sino permanecer en la unción; es decir, en el Espíritu Santo. Para nosotros, esto significa mantenernos firmes en la Sagrada Escritura y en el auténtico Magisterio de la Iglesia. Esta advertencia cobra tanta más importancia en cuanto que la confusión se ha adentrado en la Iglesia, el espíritu del Anticristo actúa hasta los más altos niveles de la jerarquía y debilita por dentro a la Iglesia.

Por eso no ha de pasar inadvertida esta exhortación de San Juan. Sólo podremos resistir a las seducciones del Anticristo y de su Falso Profeta si estamos arraigados en la Palabra de Dios, seguimos la auténtica doctrina de la Iglesia, recorremos seriamente el camino de la santidad y procuramos cultivar una íntima relación con la Virgen María.